

Universidad de Antioquia un escritor con excelente dominio de su medio expresivo.

El tema del cuento ganador, el tema de los cuentos finalistas, el tema de los cuentos recomendados, en general, se sitúa en el medio urbano. A juzgar por este concurso, puede decretarse la muerte de la literatura de la Violencia, la guerra civil de este siglo, y el desplazamiento de la geografía rural de los intereses de los narradores.

Entre las menciones figuran Ramón Illán Bacca (Ciénaga, 1942), quien ya había publicado el libro *Marihuana para Goering*, y Carlos Gustavo Álvarez, único bogotano (1957). Estos dos narradores han sido incluidos recientemente en un volumen colectivo de la colección literaria de la Fundación Simón y Lola Guberek.

Manuel Guillermo Ortega, de Barranquilla, Gustavo Tatis Guerra, de Sahagún, y el antioqueño Jairo Morales Henao completan la lista de autores objeto de mención. La colección de autores antioqueños acaba de incluir un volumen de Jairo Morales en las ediciones de 1984, lo cual indica, también, los efectos multiplicadores de estos concursos.

Aparte de otorgar un único primer premio indivisible y las menciones, el jurado recomendó la publicación de otros cuentos debidos a los siguientes autores: Wildealdo García, César Valencia Solanilla, Joaquín de Flórez, Harold Krámer, Fabio Zuluaga, Olivia María Osorio, Juan Fernando Merino, Óscar Castro y René Gris. Sin duda, como lo dice Germán Vargas, este volumen es "una excelente muestra del estado en que se encuentra la narrativa colombiana contemporánea en el género del cuento".

D.J.A.



Protagonista: Medellín

Agua de luto

Jaime Espinel

Universidad de Medellín,
Medellín. Vol. 35, 1982

Con agua que no ahogue y vino que no trastorne cualquiera hace buen mundo.

Macedonio Fernández

Marginalidad dentro de la marginalidad, podría sentenciarse sobre la obra narrativa de Jaime Espinel. Pues si en algún momento el nadaísmo fue medianamente marginal, en su seno había, como en un bolsillo secreto, otra marginalidad: escritores casi inéditos como Espinel o como Cachifo Navarro, gestaban una obra mucho más silenciosa que la de sus compañeros del grupo nadaísta, y, quizás, con relación a la escasa narrativa del movimiento, más ambiciosa.

Los dos libros de Jaime Espinel fueron publicados mucho tiempo después que pasara el tropel nadaísta. En el 75 publicó su primer libro de cuentos: *Esta y mis otras muertes*, y, más recientemente *Agua de luto* (1982). Sin embargo, la obra de Espinel no resulta lo suficientemente conocida, no obstante ser punto relevante en la casi siempre monótona llanura narrativa del país.

Un tono acezante recorre estos cuentos de *Agua de luto*, algo que reproduce el acelerado corazón de la ciudad, y que se siente en cada uno de sus siete cuentos. El personaje central de estos cuentos de Espinel, en realidad, es la ciudad. Una ciudad poblada de fantasmas, a la sombra del fantasma de Gardel. Hombres que escasamente ríen, porque ya han recibido, como en el poema de Brecht, la terrible noticia, el inminente desalojo del cuerpo.

Como en una galería de espejos deformes, una legión de seres y de sombras chinescas deambula por la ciudad de Medellín, por sitios vedados donde el hampa canta una canción de olvidos. Barroco, poblado de alusiones que podrían ahogar el texto, Espinel salva sus cuentos de la asfixia gracias al hilo secreto con que teje sus historias, un hilo fuerte como

el cáñamo. La gran virtud narrativa de Espinel está acaso en esa manera de encarar la realidad, con un sesgo burlón y a la vez amoroso. Textos que proceden acaso de una tradición oral de barrio, de la crónica roja, de esos héroes marginales que alternan fútbol y bar con bandoneón de fondo, hombres fronterizos que oscilan entre sueños de gloria, cuchillos o disparos.

Cuentos, pues, que reconstruyen parcialmente un mapa de la ciudad de Medellín: los bares de Guayaco, las noches del billar y el tahureo, la vieja ciudad que ya entraba al olvido. Acá, en este libro de Espinel, el testimonio, la crónica de una época mejor narrada, más sentida que el fallido *Aire de tango* de Mejía Vallejo.

Pocas veces se da en la narrativa colombiana un tono tan personal, tan sugestivo, y que vaticine en sí mismo una continuidad, literatura que registra de una nueva manera la violencia y el dolor, las canciones de un país limítrofe entre la idiotez y la locura. En *Agua de luto* nos encontramos con un escritor cuya raigambre parte directamente de su entorno, de la exaltación de la cultura popular, pero que sabe cuidarse de dosificar su argot, pues la temporalidad de la jerga marginal, a cada momento renovándose, también acecha volviendo transitorios lenguajes que se consideraban vigentes.

JUAN MANUEL ROCA

El que nunca se debió morir

Queremos tanto a Julio

20 autores para Cortázar

Edición preparada por Hugo Niño

Editorial Nueva Nicaragua. Managua, 1984

Había sido pensado para que él lo leyera. Como un acto de amor: "Este libro —dice el pretexto editorial— no es, pues, un homenaje; ni el libro de Cortázar, ni bastante menos: es una conspiración impúdica para dejar conocer todo lo que uno siempre sintió pero jamás se atrevió a publicar

acerca de un gran hombre al que por eso queremos tanto, pretextando este modelo para decirle gracias, Julio”.

Ninguno de los veinte que aquí escriben pensó que se muriera algún día, como indican ciertas apariencias y la telefoto de su entierro. Son testimonios y cartas sobre él, y para él. Para él. Uno no cree que la gente que ama pueda morir y por eso llega a desear su muerte, como sucede aquí, en la única alusión de todo el libro a la muerte de Cortázar. Escribiremos Tomás Borge:

Carol me llamó una noche para hablar a solas. Tenía fuertes dolores en los huesos; con manos llenas de misterio y ojos dulces me comunicó el secreto de que le quedaban pocos meses de vida.

Lo que me conmovió y me conmovió más, cuando aquel secreto fue develado por el drama, fueron sus palabras: “Quisiera que Julio muriera primero que yo para evitarle el dolor de mi muerte”.

Un libro vital y hermoso, que corrobora, con veinte testimonios de sus amigos, el amor que le tenemos tantos que no lo conocimos. Y, antes de hacer un recuento de los otros diecinueve, es forzoso transcribir el más bello y el más corto de todos ellos, debido a Augusto Monterroso y titulado *Innumerables razones*:

Queremos tanto a Julio: buen plural. Efectivamente, mi mujer Bárbara Jacobs y yo queremos mucho a Julio, tanto que consideramos inútil (el corazón tiene razones que la razón desconoce) explicar por qué. Ahora bien, si este libro llevara por título Admiramos tanto a Julio o Leemos tanto a Julio, el número de páginas que me tomaría serían tantas que no terminaría de decirlo en un año. Y seguro que en el caso de la admiración a Julio razón tiene también innumerables razones que el corazón siempre comparte.

Mil declaraciones de amor

El esquema más constante de las notas de este librito rosa es un testimonio que comienza contando cuándo conocieron sus libros y culmina diciendo cómo lo conocieron a él. Tales son las notas de los nicaragüenses Sergio Ramírez y Tomás Borge, de Mario Benedetti, de Claribel Alegría, de Miguel Barnet —el cubano autor de *Biografía de un cimarrón*—, de Polí Delano, de Antonio Skármeta. Un libro rosa, lleno de declaraciones de amor. Un libro rosa que nos conforta, nos conforma y nos confirma. Un hermoso libro, donde figura la carta del poeta Juan Gelman, donde le dice:

en corrientes y esmeralda, en otros tiempos, vi pasar a escritores que nunca dejaron el país y escribían como un francés cualquiera. yo entendí mejor a buenos aires leyendo lo que vos escribías en París, así es tu grandeza, así es tu amor.

Un libro rosa, con una rayuelita en la cubierta, que trae también textos de Eduardo Galeano, de Eric Nepomuceno, de Margaret Randall, de Samuel Roviski, de Manlio Argueta y de los poetas Jaime Labastida y Luis Cardoza y Aragón.

La contribución colombiana a *Queremos tanto a Julio* la componen *¿Y cuál es el arte de ese gato?*, memoria en varios tiempos, salpicada por un diálogo de sabios, escrita por Carlos Rincón, y *Cortázar en la cueva*, nota de Germán Vargas, fluida y exacta como todas las suyas, que termina con esta anécdota:

Por cierto que en esos mismos años de principios de la década del cincuenta, Julio Cortázar estuvo a punto de ganar, sin saberlo, y con nombre inventado, un premio a la mejor obra teatral presentada en un concurso regional en Barranquilla.

La historia es ésta: creamos un supuesto autor de teatro nacido en la histórica ciudad de Mompox, lo bautizamos Manuel Alemán, un nombre evidentemente momposino. Hicimos imprimir papel de carta y sobres con nombres y un amigo de esa ciudad se encargó de portear el

sobre y ponerlo al correo desde Mompox. Contenía una copia a máquina de Los reyes.

Un amigo que hacía parte del jurado en el concurso de obras teatrales, nos contó que Los reyes [...] era el texto más opcional para ganar el premio. Y una noche de tragos, Álvaro Cepeda impidió que Cortázar, con el seudónimo de Manuel Alemán, ganara el premio a la mejor obra teatral “escrita en la costa norte de Colombia”. Le contó el secreto al amigo jurado. Y el premiado fue otro que ya nadie recuerda.

Habló el callado

Son veinte testimonios y hasta aquí se mencionan los autores de diecinueve. Falta el último, transcrito en facsímil de la letra de su autor, de manera distinta a los otros, solamente porque su autor se llama Juan Rulfo. Imprescindible transcribirlo todo; se titula *Por eso queremos tanto a Julio* y dice:

Lo queremos porque es bondadoso. Es bondadoso como ser humano y muy bueno como escritor. Tiene un corazón tan grande, que Dios necesitó fabricar un cuerpo también grande para acomodar ese corazón suyo. Luego mezcló los sentimientos con el espíritu de Julio. De allí resultó que Julio no sólo fuera un hombre bueno, sino justo. Todos sabemos cuánto se ha sacrificado por la justicia. Por las causas justas y porque haya concordia entre todos los seres humanos.

Así que Julio es triplemente bueno. Por eso lo queremos. Lo queremos tanto sus amigos, sus admiradores y sus hermanos. En realidad, él es nuestro hermano mayor. Nos ha enseñado con sus consejos y a través de los libros que escribió para nosotros lo hermoso de la vida, a pesar del sufrimiento, a pesar del agobio y la desesperanza. El no desea esas calamidades para nadie. Menos para quienes sabe que, más que sus prójimos, somos sus hermanos. ¡Por eso queremos tanto a Julio!

No sé si lo vio. Pero sé que a él también le hubiera gustado este libro rosa de cubierta rosa. Y le hubiera henchido el corazón tanto afecto de sus amigos, y hubiera gozado acariciándolo, releyéndolo, gozando sus cambios de letra, voces distintas que repiten lo que tantos sentimos: seguimos queriendo mucho a Julio Cortázar.

D. J. A.

El arte de narrar

Los infiernos del jerarca Brown

Pedro Gómez Valderrama

Colección Literaria, Ediciones Fundación Simón y Lola Guberek. Vol. 2. Bogotá, 1984

Ha sido recibida con mucho entusiasmo la colección literaria de la Fundación Simón y Lola Guberek. Ciertamente viene a llenar un vacío en publicaciones de esta naturaleza. Entre los cinco títulos aparecidos en la primera serie, se destaca el propósito de compilar y rescatar tantas obras que andan por ahí como fantasmas sin que a veces ni sus autores se apiaden de ellas, lo mismo que el interés de abrir brecha con escritores de las últimas generaciones.

Los infiernos del jerarca Brown, es de esos libros sin pretensiones que se han ido creando y armando a lo largo de muchos años, casi sin sospecharlo. De allí su marcada vitalidad y su carácter de testimonio del escritor, sus búsquedas y sueños en manifestación del constante oficio literario. La obra se remonta a materiales del año 48 con bellas páginas sobre París, apuntes sobre un curso de humanidades del 55 al 57, la crónica *Los infiernos del jerarca Brown* del 60, un ensayo sobre Cyril Connolly del 75, el tiempo en la novela europea del siglo XX del 79, notas sobre la muerte de Federico García Lorca del 80 y el oficio de escritor del 81. Lo anterior, más una traducción de Ezra Pound, aparecida inicialmente en la revista *Eco* a mediados de los años setenta. Lo fundamental de este

libro es su auténtico reflejo de una vida literaria; constituye uno de esos pocos volúmenes que se convierten en depositarios de la vida del escritor. Por ello, esta compilación puede ser una excelente clave para conocer y ahondar en los elementos de la obra de Pedro Gómez Valderrama. Allí se encuentra el germen de su narrativa, lo mismo que de su tarea de ensayista; tiene el privilegio de abarcar las distintas etapas creativas del autor. Este libro nos descubre plenamente al poeta y al artífice, al hombre que ha hecho de su oficio el centro de su vida, una pasión permanente. También en estas páginas se muestra al insaciable lector que busca en la literatura otra forma de la verdad. En las obras de Pedro Gómez Valderrama conviven los fantasmas del arte con los de la vida y los de la historia; ello se encuentra bocetado en *Los infiernos del jerarca Brown*.

Quiere decir que lo vivencial es el rasgo más característico del libro en cuestión. Y ello se da como elemento paralelo a la recopilación e historiografía que hace en los cuentos y la novela de Pedro Gómez Valderrama un ser entre bambalinas denominado el Maese. Así lo llama el autor en su primer libro de cuentos. Dicho personaje es el investigador y cronista del pasado; parece el narrador que en tercera persona acopia los hechos a la manera del arqueólogo para armar la historia; esta constituye su signo y destino, su misión es testimoniar para que la historia se escriba. Lo anterior se manifiesta desde aquel ensayo magistral y que es esencialmente un libro narrativo, *Muestras del diablo* (1958), y se afianza y consolida en *El retablo de maese Pedro* (1967), donde el citado personaje toma carácter de contexto. En *Los ojos del burgués* (1970) y *La procesión de los ardientes* (1973), el Maese se ratifica en su vuelo por la imaginación y la historia. Sin embargo, es en *La otra raya del tigre* (1976), donde este contexto del Maese se funde en mayor grado con la vida; allí imaginación y realidad son dos líneas que se encuentran. Esta novela tiene su antecedente directo en

Los infiernos del jerarca Brown. Ambos protagonistas vienen de otra cultura y a su vez encarnan la vida y la conjunción de América y Europa. Quiere decir que el Maese estudioso y recopilador se une con su cultura al Jerarca o a Geo von Lengerke como la vida enfrentada a un continente por hacer. Y ello en una forma de totalización lograda a través de la poesía.

La poesía es otro factor esencial en *Los infiernos del jerarca Brown*, como lo es en las demás obras de Pedro Gómez Valderrama. Por ejemplo, los personajes son demonios en aras de plenitud y de allí su identidad con la leyenda. Así pueden leerse en el libro citado las crónicas de París. Todo encuentro espacial corresponde a un recorrido vital y, en el caso de París, este se hace a través de la cultura y la vivencia; digamos de paso que el narrador ve esta ciudad transformada en mujer.

En los aspectos enunciados, queda claro que hay una base conceptual en las obras de Pedro Gómez Valderrama. Su arte de narrar corresponde también a un decir, o sea que el concepto o la significación es un elemento central en sus libros. Además de lo anterior, el autor es un ensayista. Así lo demuestran textos de *Los infiernos del jerarca Brown* como *El oficio de escritor*, *Notas sobre el tiempo en la literatura europea del siglo XX* y *El maestro de la columnata de la noche*, que son dignos del escritor que hay en *Muestras del diablo*. Estos ensayos constituyen otra faceta de este libro y a través de ellos se nos reitera el maestro que hay en Pedro Gómez Valderrama; estos aúnan experiencia, conocimiento y racionalidad a modo de luces que hacen puente entre varias generaciones de escritores. El autor ejerce un magisterio real por su proximidad y apertura hacia los escritores colombianos posteriores y los jóvenes que empiezan a consolidar una obra. El enfoque de estos ensayos es orientador para los nuevos valores hacia los cuales él siempre está atento.

ALONSO ARISTIZÁBAL